



Homilía 2019-01-27

III Domingo Ordinario, Año C

P. David Carter, JCL

*La respuesta a la pregunta de la vida*

La pregunta que la mayoría de los seres humanos se hacen es "¿Quién soy yo?" Es la pregunta existencial que conduce a la formación de la filosofía de la vida, la respuesta al significado de la vida.

Así que pregunto: "¿Quién eres tú?". Si quieres una respuesta honesta, has mirado qué o a quién amas. Hay un viejo adagio: "Muéstrame en qué gastas tu dinero y en lo que dedicas tu tiempo y te mostraré lo que amas". Los sabios de este mundo y los insensatos nos enseñan una lección sobre lo que "debemos" amar. Los tontos desperdician su tiempo y su dinero en el egoísmo y el deseo meramente carnal. Y terminan vacíos, solos y desesperados porque se aman solo a sí mismos o porque han amado cosas que no pueden volver a amarlos. Los sabios, sin embargo, viven para otros y conocen el poder del sacrificio personal; ¡A veces, incluso a los insensatos les parece que aman su sufrimiento! Pero el fruto del auto sacrificio es evidente porque terminan sus vidas llenos, esperanzados y amados. Han descubierto que el hombre tiene una naturaleza trascendente que está hecha para algo más que para él mismo. Sabiduría estar atentos.

De hecho, su alma anhela algo que este mundo no puede cumplir. Cuanto más intentemos encajar la clavija cuadrada de las delicias terrenales en el agujero redondo del deseo divino, continuaremos frustrados. San Agustín oró famoso: "Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que reposa en ti".

Reconocer esto es libertad, pero también es un reconocimiento de que estamos quebrantados. Que no siempre amamos lo que deberíamos amar y más bien amamos las cosas menores. Esto es lo que se reveló como "idolatría" en el Antiguo Testamento. Ponemos otras cosas delante de Dios: poder, placer o riqueza. Nuestros deseos están desordenados. Nuestras esperanzas perdidas. Nuestra mente se oscurece ante la Verdad y nuestra Voluntad se debilita ante el Bien. Estamos destrozados. Esto es lo que los cristianos llamamos "pecado original" y lo que G.K. Chesterton llama "la única parte de la teología cristiana que puede realmente probarse".

Hasta que lleguemos a este punto de darnos cuenta de que estamos rotos, siempre estaremos golpeando nuestras cabezas contra la pared, orando a los ídolos que no pueden salvar. Ídolos que tienen oídos pero no pueden oír, y ojos que no pueden ver. Pero cuando nos sometemos humildemente y nos arrepentimos, abrimos nuestras almas a algo nuevo.

Nos damos cuenta de que ha faltado algo y estamos listos para la reparación. Aquí es donde el cristiano reconoce que Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. El reparador que hemos deseado. Nuestro Salvador.

En la dramática escena presentada en el Evangelio de hoy, escuchamos que Jesús se puso de pie en la sinagoga de su propio pueblo y leyó las profecías mesiánicas de Isaías y luego declaró esa declaración audaz: "Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír". El declara se mismo a ser el Mesías tan esperado.

Pero Jesucristo es mucho más que el cumplimiento de la esperanza de Israel. En Jesucristo, toda la esperanza de la humanidad si se cumple. Ahora tenemos una respuesta a las preguntas de la vida. "¿Quién soy yo?" "Soy el amado de Dios, por quien murió y resucitó su hijo, y me llamó a sí mismo".

¿Quién eres tú? San Pablo implica, en la segunda lectura, que eres parte de algo más grande que tú. Si eres bautizado, has sido hecho miembro del cuerpo místico de Jesucristo. Estás aquí porque el cuerpo necesita la cabeza. Necesitas a Jesús. Pero tú estás aquí también porque la cabeza necesita el cuerpo. Él nos ha llamado a ser suyos. El nombre "Iglesia" en griego significa "aquellos que son llamados". Necesitas que Jesús y Jesús te llame!



¿Quiénes somos, entonces? Somos la asamblea de los quebrantados que vienen a dar gracias por haber sido restaurados. Nosotros somos los que escuchamos la Buena Nueva y nos regocijamos. ¿Qué es esa buena noticia? Es que somos pobres, cautivos y ciegos, pero él está aquí para salvarnos.

Jesús dice que llevar buenas nuevas a los pobres. El compromiso de la Iglesia con los pobres de este mundo proviene de una solidaridad con los pobres. Puede decir, "pero tenemos personas ricas, así como personas pobres en el cuerpo de Cristo". Sin embargo, no estamos hablando de riqueza material o pobreza. Más bien, la pobreza espiritual es el mayor problema para la humanidad. Somos uno con los pobres de este mundo porque nos reconocemos en aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos debido a nuestra propia pobreza espiritual. No podemos salvarnos de la pobreza de nuestros pecados. Pero en Jesucristo, quien se convierte en nuestro rescate del pecado, nos hemos enriquecido en él. A su vez, somos generosos con lo que se nos ha dado e imitamos su amor bondadoso.

Jesús proclama la libertad a los cautivos. Simpatizamos con aquellos que están cautivos en este mundo porque nosotros mismos hemos conocido la esclavitud del pecado. Hemos sido liberados del cautiverio de las pasiones y la carne creyendo en el poder redentor de la cruz. El sufrimiento ya no es un obstáculo que nos mantiene atados a los placeres terrenales que atrapan a la carne. No tenemos miedo del dolor que viene de morir, el dolor de don de sí mismo. No tenemos miedo de la muerte porque creemos en la Resurrección!

Jesús dice que trae la recuperación de la vista a los ciegos. Estaba ciego, pero ahora veo. No estamos hablando de una discapacidad física sino de una ceguera espiritual. La ceguera conduce a tumbos en la oscuridad. La Iglesia se regocija a la luz de la revelación de que estamos inquietos hasta que descansamos en Dios. Estamos hechos para la unión con Él y cualquier cosa menos es insuficiente. Por gracia nuestra mente está iluminada y nuestra voluntad fortalecida y caminamos a la luz de esta revelación.

¿Quién soy? Soy pobre, cautivo y ciego, estoy quebrantado. No puedo hacerlo por mi cuenta. Pero me arrepiento. Yo sostengo que tú eres Dios y yo no soy; y admitiendo humildemente esto ante Dios, me llama a ser su amado.

¡Que Jesucristo sea alabado!